

# Capítulo 1

---

*Me llamo Blair Mallory e intento celebrar mi boda, pero las diosas de la fortuna no quieren cooperar... Me caen fatal esas estúpidas diosas, sean quienes sean las muy zorras. ¿A ti también?*

Me senté a la mesa del comedor y me quedé mirando el calendario, estudiando fechas disponibles que se adaptaran a las innumerables agendas esparcidas sobre la mesa. Mi agenda, la agenda de Wyatt, las agendas de mamá y papá, las agendas de mis hermanas, la agenda de la madre de Wyatt, la agenda de la hermana de Wyatt, las agendas de los niños y los maridos de la hermana de Wyatt... era interminable. Hasta el día siguiente a Navidad no quedaba ningún hueco adecuado para todo el mundo, y por supuesto no iba a celebrar mi boda ese día. Si nos casáramos justo el día posterior a Navidad, mis aniversarios de boda serían siempre un asco, porque para esa fecha Wyatt ya habría agotado todas las ideas de regalos buenos para hacerme. Ni hablar. No me hago sabotaje a mí misma.

—Estás muy enfurruñada —comentó Wyatt sin levantar la vista del informe que estaba leyendo. Supuse que se trataba de alguna clase de informe policial pues Wyatt es teniente en nuestra policía local, pero no pregunté; esperaría a que saliera de la habitación para leerlo, sólo por ver si tenía que ver con algún conocido. Es impresionante

lo que llega hacer la gente, gente que ni en un millón de años imaginaríais que fuera a meterse en tales fregados. Sin duda, se me habían abierto los ojos desde que salía con Wyatt... bueno, desde que leía sus informes, lo cual, pensándolo bien, en realidad es previo a que empezáramos a salir juntos, es decir, al menos esta segunda vez. Salir con un poli tiene sus ventajas, sobre todo si está bien situado en la cadena alimentaria. Mi cupo de cotilleos estaba a tope.

—Tú también estarías enfurruñado si tuvieras que aclararte con todas estas agendas en vez de estar ahí sentado leyendo.

—Estoy trabajando —replicó, confirmando que, sí, estaba leyendo un informe de algún tipo; sólo confiaba en que fuera jugoso y que lo dejara ahí encima cuando se levantara para ir al baño o algo parecido—. Y no tendrías ningún problema con el calendario si hubieras hecho caso de mi sugerencia.

Lo que él había sugerido era casarnos en Gatlinburg, la capital de las bodas, en alguna de sus chabacanas capillas, donde no podría rodearme de las cosas que me gustan. Podía superar lo de la capilla nupcial, pero en otra ocasión ya intenté hacer la maleta para celebrar un acontecimiento especial lejos de casa y aprendí una dura lección: siempre olvidas algo. No quería pasar el día de mi boda yendo a toda prisa de un lado a otro, intentando encontrar algo con lo que reemplazar lo que me había olvidado.

—O podemos casarnos aquí en el juzgado —comentó.

Este hombre no tiene un pelo de romántico, algo que en realidad me parece bien, porque yo tampoco tengo mucho de romántica, y demasiada sensiblería me pondría de los nervios. Pero, por otro lado, yo sé *Cómo-Se-Hacen-Las-Cosas*, y quiero tener fotografías para demostrárselo a mis hijos.

Y ésa era otra de las cuestiones que me tenían estresada. Una vez celebrado mi trigésimo primer cumpleaños, me encontraba mucho más cerca de la amniocentesis. Tuviera los hijos que tuviera, quería tenerlos antes de llegar a esa edad en que cualquier tocólogo con un mínimo instinto de supervivencia y un temor saludable a las querellas ordena de forma automática una amniocentesis. No quiero que

me claven una larga aguja en la tripa. ¿Y si le da al bebé en el ojo o algo así? ¿Y si esa larga ventosa pasa de largo y perfora mi columna vertebral? Sabéis lo que pasa en *Peter Pan*, ¿no? ¿Cuando el cocodrilo se ha tragado un reloj y queda claro que el bicho está acercándose porque el tic tac suena cada vez más fuerte? Mi reloj biológico marcaba los segundos como ese puñetero cocodrilo. O tal vez fuera un caimán. Qué más da. En vez de «tic tac» decía «*Am-nio*» (la palabra entera no se ajustaría al ritmo del tic tac) y aquello era algo que me provocaba pesadillas.

Tenía que casarme, deprisa, para poder deshacerme de una vez de las píldoras anticonceptivas.

Y Wyatt estaba ahí sentado tan campante leyendo su maldito informe mientras yo me ponía cada vez más tensa, hasta el punto de casi empezar a chillar. Él ni siquiera intentaba animarme contándome qué había en ese informe, para que yo me hiciera una idea de si necesitaba leerlo más tarde y enterarme de todos los detalles... bueno, tampoco es que me lo contara otras veces. Era de lo más acaparador en lo que a asuntos policiales se refería; se lo guardaba todo para él.

—Estoy empezando a pensar que nunca va a suceder, nunca vamos a casarnos —dije con desánimo, arrojando el boli sobre la mesa.

Wyatt, sin cambiar su postura, siguió despatarrado y relajado, y me dedicó una mirada irónica.

—Si es demasiado para ti, puedo ocuparme yo de los detalles —manifestó. Podía apreciarse cierta brusquedad en su tono, porque empezaba a impacientarse con lo que parecía un desfile interminable de retrasos e impedimentos, ni más ni menos. Quería casarse conmigo y no le hacía gracia la inconveniencia de quedarse a dormir cada noche en mi casa, por no mencionar que no entendía los motivos de que yo siguiera viviendo aquí en vez de vivir con él. Había aceptado que yo me ocupara de todas esas cosas de chicas que él consideraba los detalles de la boda para así poder ocuparse él de todos los asuntos de hombres—. Y antes de que acabe la semana, serás Blair Bloodsworth.

—Teniendo en cuenta que estamos a miércoles, eso...

Entonces me detuve, con el cerebro literalmente paralizado mientras las palabras de Wyatt calaban hondo. No. ¡No! ¿Cómo se me había pasado por alto algo tan patente, algo que saltaba a la vista con tal descaró? Sencillamente no era posible, a menos que la lujuria me tuviera tan enloquecida que me impidiera pensar con claridad. Puestos a buscar excusas, ésa serviría en mi caso. No obstante, aquel descuido no iba a borrarse por más que buscara explicaciones. Cogí el boli y garabateé las palabras ofensivas y las volví a escribir una vez más sólo para asegurarme de que no había sufrido un cortocircuito en la sinapsis. No iba a tener esa suerte.

—¡Oh, no! —Me quedé mirando lo que había escrito, que por supuesto atrajo toda la atención de Wyatt, y que por supuesto era lo que yo pretendía. No es que yo planeé estos pequeños episodios, pero cuando se presenta la oportunidad... Le dediqué una mirada trágica y pronuncié—: No puedo casarme contigo.

Wyatt Bloodsworth, teniente de policía, personalidad alfa, tipo duro donde los haya y el hombre a quien adoro, se inclinó sobre la mesa para darse lentamente con la cabeza en la madera.

—¿Por qué a mí? —gimió. *Pum*—. ¿Es por algo que hice en una vida anterior? —*Pum*—. ¿Durante cuánto tiempo tendré que pagar? —*Pum*.

Lo normal sería esperar que preguntara por qué yo no podía casarme con él, pero no, tenía que actuar como un listillo. De hecho, creo que intentaba superarme en dramatismo, siguiendo el razonamiento de pagar con la misma moneda. Me costaba decidir qué me ofendía más, la idea de que pensara que yo era una peliculera o que pensara que podía superarme en teatralidad. No existe un hombre que pueda... pero, es igual, mejor no entrar en según qué cuestiones.

Crucé los brazos bajo el pecho y le dediqué una mirada iracunda. No fue culpa mía que al cruzar los brazos mis pechos se levantaran y juntaran, ni es culpa mía que Wyatt sea el tipo de tío al que los pechos le ponen a cien —y los culos y las piernas, y cualquier otra parte de la mujer que se te ocurra mencionar—, por lo tanto no fue culpa mía que, cuando volvió a levantar la cabeza para darse otro

golpe, su mirada digamos que se quedó pegada a mi escote, y olvidó lo que iba a decir. Yo acababa de darme una ducha y sólo llevaba una bata y unas bragas, de modo que también era lógico que la bata hiciera lo que siempre hacen las batas —como que se desatan ¿no?—, lo cual significaba que tampoco era culpa mía que se viera algo más que el mero escote.

Siempre me asombra el efecto que un atisbo de pezón tiene sobre un hombre normalmente lúcido... alabado sea Dios.

Tampoco dejo de dar gracias por esa realidad de la vida. Alabado sea Dios otra vez.

Pero Wyatt está hecho de una pasta más resistente que la del hombre medio; algo que él nunca para de repetir, normalmente cuando intenta dejar claro que se casa conmigo porque el susodicho hombre medio le inspira una gran lástima, es por eso que me retira del mercado. De algún modo ha llegado a la conclusión de que siempre estoy intentando llevar la voz cantante en nuestra relación, lo cual os demuestra lo listo que es. Dios, detesto que tenga razón.

Wyatt observó mi pezón, y su rostro adoptó esa mirada inflexible que se les pone a los hombres cuando quieren tener relaciones sexuales y tienen bastante claro que lo van a conseguir. Luego entrecerró los ojos y volvió a mirarme al rostro.

Primero permitidme que os diga que la mirada de Wyatt puede ser muy intensa. Sus ojos son de ese verde claro que llega a resultar hiriente. Además, es un poli, como creo que ya he mencionado dos o tres veces, por lo tanto, cuando alza esa dura mirada de poli para observar-te puedes sentirte algo así como inmovilizada. Pero yo también estoy hecha de una pasta resistente, y le devolví la mejor de mis miradas. Una décima de segundo después bajé la vista para estudiarme, como si no tuviera idea de lo que él estaba observando, y volví a ponerme la bata en su sitio con un estirón antes de retomar mi gesto desafiante.

—Has hecho eso a posta —me acusó.

—Es la bata —comenté. Me encanta recalcar lo obvio, sobre todo cuando hablo con Wyatt. Le saca de sus casillas—. Nunca he visto una bata que aguante en su sitio.

—Así que no lo niegas.

No sé de dónde ha sacado la idea de que si no contesto directamente a sus preguntas, estoy admitiendo la acusación que va implícita, sea cual fuere. En este caso, sin embargo, me sentía perfectamente justificada a negarlo de plano, porque todo lo del pezón había sido una coincidencia, y cualquier mujer que se precie de ello aprovecha cualquier oportunidad al vuelo.

—Lo niego —dije con un deje de desafío en mi tono—. Estoy intentando mantener una conversación seria, y lo único en lo que puedes pensar es en el sexo.

Por supuesto que ahora tenía que demostrar que yo estaba equivocada, y entonces arrojó el informe encima de la mesa.

—De acuerdo, pues mantengamos esa conversación tan seria.

—Yo ya la he iniciado. La pelota está en tu terreno.

Por la manera en que entrecerraba los ojos, advertí que necesitaba retroceder mentalmente. Pero Wyatt es sagaz, sólo tardó un par de segundos.

—De acuerdo, ¿por qué no puedes casarte conmigo? Pero antes de que empieces, déjame señalar que vamos a casarnos y que te estoy dando una semana más para fijar la fecha porque, si no, vamos a hacerlo a mi manera, aunque tenga que secuestrarte y empujar tu culo hasta Las Vegas.

—¿Las Vegas? —farfullé—. ¿*Las Vegas*? Ni hablar. Britney puso Las Vegas en lo alto de la lista de lo hortera al casarse ahí. Desprecio el concepto de una boda en Las Vegas.

Me miró como si quisiera golpear la mesa con la cabeza otra vez.

—¿De quién diablos hablas? ¿Qué Britney?

—No importa, señor negado. Tú sácate Las Vegas de la cabeza de forma permanente como lugar para celebrar bodas.

—No me importa si nos casamos en medio de la autopista —dijo con impaciencia.

—Yo quiero casarme en el jardín de tu madre, pero ahora eso sigue siendo discutible porque no puedo casarme contigo. Y punto.

—Retrocedamos un poco y volvamos a intentarlo. ¿Por qué no?

—¡Porque mi nombre sería *Blair Bloodsworth*! —gemí—. ¡Tú mismo lo has dicho! —¿Cómo podía ser tan olvidadizo?

—Bien... sí —respondió con gesto de perplejidad.

No lo pillaba. De verdad, no lo pillaba.

—No puedo hacerlo. Es demasiado cursi, así de simple. Para el caso, igual podrías llamarme Buffy. —Sí, sé que no tenía que adoptar obligatoriamente su apellido, pero cuando inicias negociaciones siempre marcas alto, para darte cierto margen de maniobra. Estaba iniciando negociaciones, aunque no hacía falta explicarle eso a él.

Su frustración alcanzó un punto crítico, y rugió:

—¿*Quién puñetas es Buffy*? ¿Por qué tienes que meter a esa gente en esto?

Ahora era yo la que quería darse con la cabeza en la mesa. ¿Nunca leía una revista? ¿Miraba algo aparte de los partidos de fútbol americano y los canales de noticias de la tele? Daba miedo percatarse de que vivíamos en dos culturas tan diferentes, y que aparte de los partidos de fútbol, que me encantan, nunca seríamos capaces de ver la tele juntos, nunca podríamos pasar una noche amigable y agradable juntos delante del brillo romántico de la pantalla. Me vería obligada a matarle, y ninguna mujer del jurado votaría a favor de enviarme a prisión, desde luego que no.

Por un instante fugaz vi cómo tendría que ser nuestra vida juntos: necesitaría tener mi propia televisión, lo que significaba tener mi propio cuarto para ver la televisión... lo que significaba reformar la casa de Wyatt o al menos reconfigurarla... Acogí aquella idea con enorme alegría, porque me había estado preguntando cómo podía comunicárselo a él: su casa me gusta de verdad, o al menos la disposición básica, pero la decoración es rigurosamente la de un hombre que vive solo, lo cual la hace apenas habitable. Necesitaba poner mi sello.

—¿No sabes quién es Buffy? —le pregunté susurrando, con los ojos muy abiertos y horrorizados. Gesticulé con todas mis fuerzas.

Wyatt casi gimotea:

—*Por favor*, dime sólo por qué has decidido que no puedes casarte conmigo.

Me invadió una sensación de bienestar. Hay algo satisfactorio en oír a un hombre crecido gimotear. Y aunque Wyatt no hiciera exactamente aquel sonido, se parecía mucho, y para mí eso ya era bastante, porque, creedme, no es el tipo de hombre lloricón.

—¡Porque *Blair Bloodsworth* suena demasiado baboso! —Oh, Dios, estaba rodeada de palabras que empezaban por *be*—. La gente oiría ese nombre y pensaría, vale, tiene que ser una boba rubia, una de esas personas que hace ruido con el chicle y se retuerce el pelo con el dedo. ¡Nadie me tomaría en serio!

Se frotó la frente como si estuviera empezando a dolerle la cabeza.

—O sea, ¿que todo esto es porque Blair y Bloodsworth empiezan por *be*?

Alcé la mirada al techo.

—Se hace la luz.

—Eso no es más que un montón de bobadas.

—Y se ha fundido la bombilla. —¡Aaagh! ¿Cuándo parará la avalancha de palabras que empiezan por *be*? Siempre me sucede lo mismo. Cuando algo me resulta una bronca (¡aaagh, otra vez!) no puedo salir de la aliteración.

—Bloodsworth no es un apellido ñoño, sea cual sea el nombre de pila —dijo mirándome con el ceño fruncido—. Lleva *blood*\* al principio, por el amor de Dios. Como las pelis de matanzas sangrientas. Eso no es nada ñoño.

—¡Y tú qué sabes! Si ni siquiera sabes quiénes son Britney y Buffy.

—Y no me importa, porque no voy a casarme con ellas. Voy a casarme contigo. Pronto. Aunque creo que tendrían que examinarme la cabeza.

Me entraron ganas de darle una patada. Hacía que sonara como si fuera una cruz, cuando en realidad es superfácil llevarse bien conmigo; sólo tenéis que preguntar a alguno de mis empleados. Soy propietaria de un centro de fitness que yo misma gestiono, Great Bods,

\* *Blood* : sangre en inglés. (N. de la T.)



y mis empleados creen que soy genial porque les pago bien y les trato como es debido. La única persona con la que tengo problemas a la hora de congeniar —excepto la actual esposa de mi anterior marido, que intentó matarme— es Wyatt, y eso es sólo porque todavía estamos disputándonos nuestro sitio, me refiero a Wyatt y a mí. El problema es que los dos somos personalidades alfa, así que tenemos que marcar el territorio en nuestra relación.

Vale, y tampoco me llevaba bien con Nicole Goodwin, una zorra psicópata copiona a quien asesinaron en el aparcamiento de Great Bods, pero ella está muerta, o sea, que no cuenta. A veces, casi le perdono ser una zorra psicópata, porque su asesinato fue lo que devolvió a Wyatt a mi vida después de una ausencia de dos años —no me hagáis empezar a contar eso—, pero luego recuerdo lo coñazo que era Nicole incluso una vez muerta y supero ese desliz mental al instante.

—Déjame que te ahorre la cuenta del psiquiatra —dije entrece rrando los ojos, fijos en él—. La boda queda cancelada.

—La boda sigue en pie. Sea como sea.

—No puedo ir por la vida como Blair Bloodsworth. Aunque... —Me di unos golpecitos en la barbilla y me quedé mirando mi patio ensombrecido de noche; los perales Bradford, al final del patio, estaban iluminados con sartas de luces blancas que daban un toque especial a mi diminuto patio trasero. Era una visión bonita, que echaría de menos cuando me trasladara a casa de Wyatt, de modo que tenía que compensarme de alguna manera—. Podría mantener Mallory como apellido.

—De ninguna de las maneras —contestó rotundo.

—Las mujeres mantienen su nombre, es muy habitual.

—No me importa lo que hagan las otras mujeres. Tú vas a llevar mi apellido.

—Ya estoy establecida en el mundo de los negocios como Blair Mallory. Y me gusta ese nombre.

—Vamos a tener el mismo apellido. Y punto.

Le sonreí con dulzura.

—Oh, que amable por tu parte, cambiar tu apellido por Mallory.

Gracias. Es una solución tan perfecta, y sólo un hombre realmente seguro de su masculinidad podría hacer eso...

—Blair. —Se puso en pie, elevándose sobre mí, con las cejas oscuras formando una *wve* sobre la nariz. Mide metro ochenta y ocho, de modo que cuando se eleva por encima de alguien, lo hace muy bien.

Para no quedarme por debajo, me levanté también, devolviéndole una mirada ceñuda. Vale, todavía quedan esos... centímetros de diferencia, pero me puse de puntillas y empujé la barbilla hacia arriba hasta que casi quedamos con las narices pegadas:

—Que esperes que yo cambie mi nombre mientras tú conservas el tuyo es arcaico...

Wyatt mantenía la mirada entrecerrada y la mandíbula apretada, y sus labios formaban una línea delgada y dura que apenas se movió cuando escupió las palabras como si fueran balas:

—En el reino animal, el macho marca su territorio con una meada. Yo, en cambio, lo único que te pido es que cambies tu apellido para ponerte el mío. *Tú-eliges*.

Casi se me ponen los pelos de punta, lo cual es una expresión de verdad estúpida, porque ¿cómo podrían erizarse si no? No es que puedan formar bucles.

—¡No te atrevas a mearte encima de mí! —grité llena de furia. Wyatt puede sacarme de quicio más deprisa que cualquier otra persona, lo cual supongo que nivela un poco las cosas. Ése fue el motivo de que la imagen mental tardara unos pocos segundos en calar, antes de que mi chillido se convirtiera de forma abrupta en una risotada.

Él estaba tan furioso y frustrado que tardó un segundo más que yo, pero cuando estalló en carcajadas, su mirada fue a parar a donde la bata ya se había soltado por completo, y su expresión cambió mientras estiraba el brazo para alcanzarme.

—No te molestes —gruñó cuando yo busqué el cinturón para volver a atarlo.

El sexo con Wyatt tiende a ser apasionado. La química nos sale por todos los poros, o por donde sea que salga la química. Me gusta un montón, porque significa que puedo contar casi seguro con un

orgasmo o dos, pero además significa que, aunque llevemos ya un par de meses con nuestra relación, la urgencia no ha aflojado para nada, y él es capaz de darme un revolcón donde quiera que estemos, a menos que sea en público, por supuesto.

No me despojó de la bata ya que no se interponía en su camino, sólo me arrancó las bragas. La bata me libró de que la alfombra me marcara el trasero, porque me tumbó sobre el suelo del comedor, me separó las piernas y se colocó entre ellas. Su ojos verdes relucían llenos de lujuria, de actitud posesiva, deleite triunfal y algunas otras cosas masculinas indefinibles mientras cargaba todo su peso sobre mí.

—Blair Bloodsworth —dijo en tono agresivo, mientras bajaba la mano para posicionar su pene—. No hay negociación.

Contuve la respiración mientras me penetraba, con su miembro duro y grueso, de un modo tan excitante que yo casi no podía aguantarlo. Clavé mis uñas en sus hombros y ceñí mis piernas a sus caderas, intentando mantenerle quieto pese a que mis pulsaciones iban a trompicones y los ojos se me cerraban. Enganchó su mano izquierda a mi rodilla y me separó todavía más la pierna, para poder penetrar hasta el fondo. Se estremeció con una respiración entrecortada y áspera. Por demoledor que fuera un polvo con Wyatt, él siempre estaba ahí conmigo.

—De acuerdo —dije con voz entrecortada y con mi última fibra de cordura—. ¡Pero serás mi dueño! Para el resto de nuestras vidas, vas a ser mi dueño. —¿Y decía que nada de negociaciones? Vaya imbécil. ¿Qué se pensaba que habíamos estado haciendo?

Gruñó algo ininteligible, balanceándose contra mí mientras inclinaba la cabeza para besarme el cuello, y vi literalmente las estrellas.

Los dos estábamos sudorosos, agotados y muy contentos veinte minutos después cuando levantó la cabeza y me apartó un mechón de pelo de la cara.

—Un mes —dijo—. Te daré exactamente un mes a partir de hoy. O estamos casados para entonces o lo hacemos a mi manera, tanto da dónde sea o quién pueda venir. ¿Entendido?

¡Ja! Reconozco un desafío nada más escucharlo. Además, sé que no estaba de broma. Tenía que espabilarme y pasar a la acción.



## Capítulo 2

---

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue llamar a mi madre.

—He tenido una discusión con Wyatt y, como he perdido, nos casamos antes de un mes.

—Blair Elizabeth, ¿cómo ha sucedido algo así? —preguntó tras una pausa llena de consternación, y supe que su pregunta hacía referencia a la primera parte de mi frase.

—Una batalla estratégica —contesté—. Hasta anoche no me había percatado, seré estúpida, de que mi nombre de casada va a ser Blair Bloodsworth, de modo que le dije que quería mantener Mallory como apellido, y él se subió por las paredes. Y la cosa quedó en que o bien él me mea encima, marcándome así como territorio suyo, o bien yo me pongo su apellido.

Mamá paró de reírse lo suficiente como para decir:

—De manera que ahora él es tu dueño. —Antes de sucumbir de nuevo a las risas. Adoro a mi madre. No tengo que explicarle nada, me entiende de inmediato, tal vez por lo mucho que nos parecemos. Conociendo lo obstinado que es Wyatt y su tortuosidad mental, junto a otras características como su actitud posesiva, etc., el resultado de nuestra discusión de la noche anterior nunca había estado en duda, a menos que quisiera romper con él, lo cual no quería, por lo tanto había tenido que ingeniármelas para conseguir las mejores condiciones posibles. Era mi dueño. Una deuda eterna estaba bien.

—Pero... me dio un ultimátum. O nos casamos en el plazo de un mes o lo hacemos en las condiciones que ponga él.

—Y ¿cuáles serían?

—Con suerte, una boda en el juzgado. Si no, Las Vegas.

—¡Puaj! Después de Britney, no. Es una horterada.

¿Lo veis? Como si yo fuera su clon.

—Eso dije yo, pero lo convirtió en un desafío. Tengo que acelerar los planes.

—Primero de todo hay que tener planes. «Casarse» no es exactamente un plan. Es un resultado final.

—Lo sé. Yo intentaba ser considerada con las agendas de todo el mundo, pero ha quedado descartado. Nos casamos dentro de veintinueve días, puesto que este desafío comenzó oficialmente anoche, y la gente tendrá que reprogramar lo que sea que tenga programado o se lo perderá.

—¿Por qué veintinueve y no treinta? ¿O treinta y uno?

—Alegará que puesto que hay cuatro meses con treinta días, eso ya lo constituye en un mes legal.

—Febrero tiene veintiocho.

—O veintinueve, pero es un mes que no se aclara, o sea, que no cuenta.

—Lo capto. Vale, de aquí a veintinueve días. Significa que vas a casarte el trigésimo día. ¿Lo contará así?

—Tiene que concederme los treinta días completos, por lo tanto, sí. —Cogí la libreta y el boli que había estado usando la noche anterior y empecé a escribir unas notas—. Vestido, flores, pastel, adornos, invitaciones. Sin damas de honor. Sin esmoquin para él, sólo un traje. Es factible. —Una boda no tiene que ser lujosa para ser memorable. Yo podía pasar sin lujos, pero me negaba a que no fuera bonita. En un principio, había pensado en una dama de honor para mí y tal vez algún amigo para acompañar al novio, pero estaba recortando cuanto podía.

—La tarta será el problema; el resto del refrigerio se puede conseguir en cualquier sitio, pero la tarta...

—Lo sé —dije. Las dos respiramos hondo. Una tarta nupcial es una obra de arte, lleva tiempo. Y la gente que hace buenas tartas nupciales por lo general está comprometida con meses de antelación.

—Yo me ocuparé de eso —dijo mamá—. Pediré refuerzos, hablaré también con Sally para que nos ayude; necesita una distracción ahora, para dejar de pensar en Jazz.

Qué tema tan triste. Sally y Jazz Arledge estaban a punto de ver cómo se iba al garete su matrimonio de treinta y cinco años si no conseguían superar sus problemas. Sally era la mejor amiga de mamá, de modo que la apoyábamos unánimemente, pese a sentir lástima por Jazz, por lo perdido que se le veía. Sally había intentado atropellar a Jazz con el coche, con la intención tal vez de romperle las piernas; y la verdad, él tendría que haberle dejado hacer, en vez de apartarse de un brinco, porque entonces ella habría considerado que estaban en paz y que podía perdonarle por deshacerse de las inestimables antigüedades de su dormitorio, pero supongo que el instinto de supervivencia le hizo meter la pata y finalmente él saltó y se quitó de en medio, con lo cual Sally chocó contra la casa en vez de contra él, y el airbag se desplegó y le rompió la nariz, empeorando aún más la situación. Jazz tenía problemas muy, pero que muy serios.

—Hoy me toca abrir, de modo que a Lynn le toca cerrar —Lynn Hill es mi ayudante de dirección en Great Bods—, así que me voy a ir de compras esta misma tarde —le dije a mamá—. Compras en plan serio. ¿Alguna sugerencia?

Mencionó unas pocas tiendas y colgamos. Imaginé que hablaríamos varias veces durante el transcurso del día y que me tendría informada de cómo iba el reclutamiento. Mis hermanas, Siana y Jenni, tendrían que entrar en combate, eso seguro.

Mi objetivo inmediato era simple: encontrar volando un vestido, y así disponer de tiempo suficiente para hacer cualquier modificación, en caso necesario. No estoy hablando de un vestido de novia de cuento de hadas; ya usé uno de esos cuando me casé la primera vez, y no funcionó: no fue un cuento de hadas. Lo que quería esta vez era algo sencillo y clásico que aparentara valer un millón de pavos y

que dejara a Wyatt casi ciego de deseo. Eh, sólo el hecho de que durmiéramos juntos no era motivo para renunciar a una noche de bodas memorable, ¿de acuerdo?

Tenía que haber una manera de mantener a Wyatt a raya durante el próximo mes, para asegurarme de que el deseo le cegaba por completo. Hasta ahora, de todos modos, en lo relativo a Wyatt, yo no podía decir que saliera muy airosa en el apartado de mantenerle alejado. Sabe cómo vencer mis pocas y penosas defensas, sobre todo porque a mí sí que me ciega el deseo por él.

Pensé en la posibilidad de que se fuera a vivir con su madre durante este tiempo. Eso representaría un obstáculo en sus expectativas sexuales, aunque era perfectamente capaz de secuestrarme y llevarme a su guarida para una noche de desenfreno extasiado. Dios, me encanta este hombre.

Se me ocurrió pensar entonces que si él no podía mantener relaciones, yo tampoco. Pasar un mes entero sin él... tal vez fuera capaz de conseguir que me secuestrara más de una vez.

¿Lo veis? Soy lamentable, de verdad, algo de lo que él se ha aprovechado más de una vez.

Oh, Dios, parecía que las próximas semanas iban a ser divertidas.

Wyatt me llamó al móvil a primera hora de la tarde. Yo estaba en medio de una tanda intensiva de ejercicios —como dueña de Great Bods tengo que mantenerme en forma o la gente pensaría que no es un sitio demasiado recomendable—, pero paré para atender la llamada, no porque supiera que se trataba de Wyatt, porque no lo supe hasta que vi su número identificado en la pantalla, sino porque mamá podría estar llamando, con toda la actividad que se había iniciado esa mañana.

—Creo que podré salir a la hora, por una vez —dijo—. ¿Quieres que vayamos a cenar?

—No puedo, tengo que ir de compras —contesté mientras entraba en la oficina y cerraba la puerta.



Wyatt sentía por las compras el respeto habitual en un hombre, es decir, cero patatero.

—Puedes hacer eso después, ¿verdad que sí?

—No, porque no hay después.

Se hizo un silencio, porque cada vez que suelto frases de ese tipo, él hace una pausa, como si buscara significados o ardidés ocultos. Da gusto ver la atención que me ha prestado, a mí y a mis métodos.

Finalmente dijo:

—Si el final está próximo, ¿por qué molestarse en ir de compras?

Entorné los ojos pese a que no podía verme. Que me perdonen, pero si el final está próximo, ¿qué otra cosa harías aparte de ir de compras? ¿Esos zapatos fabulosos que has estado mirando pero no ibas a comprar porque no sabías cuándo ponértelos y porque de todos modos valen un dineral? A por ellos, encanto. No es que tengas que preocuparte de la cuenta de la tarjeta de crédito, con el final próximo y todo eso. Vale, tal vez sea verdad que no puedas llevártelos contigo al otro barrio, pero ¿vas a arriesgarte? ¿Y si puedes llevártelos y te enteras demasiado tarde? Ahí estarás con cara de tonta, sin todas esas cosas que de verdad querías pero no te compraste porque no estabas convencida de la utilidad de almacenarlas.

Me libré de aquellos pensamientos y regresé de la eternidad a Wyatt.

—No he dicho que el mundo se esté acabando. Todo esto tiene que ver contigo y con tu estimadísima fecha límite.

—Ah. Ya capto. Mi fecha límite. —Sonaba muy complacido con su fecha límite; había logrado exactamente lo que pretendía, que era hacerme pasar a la acción sin tener en consideración las agendas incompatibles de los demás. Le conocía lo suficiente como para saber que hablaba muy en serio, por supuesto, de otro modo sus técnicas incentivas no hubieran funcionado.

—Por tu fecha límite —continué con dulzura—, lo más probable es que no tenga tiempo para comer durante el próximo mes, y mucho menos salir a disfrutar de una cena sin prisas. Tengo que encontrar

un vestido de novia esta noche para disponer de plazo suficiente para hacerle arreglos. Tú tienes un traje negro, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Eso es lo que llevarás a la boda entonces, a menos que tenga los puños raídos, en cuyo caso mejor te vas de compras también, porque si apareces en nuestra boda con los puños raídos, ninguno de nosotros te lo perdonará jamás, y juro que te haré la vida muy desgraciada.

—Siempre podría divorciarme de ti en caso de que lo intentaras. —En su tono de voz ahora había una diversión perezosa. Podía imaginarme el destello en sus ojos verdes.

—Puedes intentar divorciarte de mí siempre que quieras, porque yo me dejaré la piel en impedirlo y te perseguiré hasta el fin de la tierra. Siana te acosará también. Y mamá convencerá a todas las estudiantes de su hermandad universitaria para que te hagan la vida imposible. —Siana es abogada y eso tal vez le diera que pensar, pero Wyatt se pasa el día entre abogados y por lo tanto no le impresionan demasiado. Por otro lado, siente un respeto saludable por mi madre, basado en un temor real. Ella sí convencería a todas las estudiantes de su hermandad para que le acosaran.

—¿De modo que pones la vida en ello?

—Ya puedes apostar el culo a que sí. —Esperé un instante y añadí—. Tu vida, al fin y al cabo.

Resultaba de verdad fastidioso cuando se reía de algo que yo había dicho para hacerle reflexionar un poco.

—Comprobaré esos puños —dijo—. La camisa, ¿de qué color?

Vale, había estado tomando notas después de todo.

—Blanca o gris. Ya te lo haré saber. —No me parecía nada bien que el novio acaparara la atención en vez de la novia. Sí, sé que también iba a ser su boda, pero lo único que a él le importaba era legalizar nuestra relación para que finalmente yo accediera a vivir bajo el mismo techo y tener hijos suyos, aunque estoy casi convencida de que el apartado de los niños no era su preocupación inmediata.

—Pónmelo fácil. Ya tengo camisas blancas.

—¿Que te lo ponga fácil? ¿Después de lo que me has hecho con tu estúpida fecha límite?

—Aparte de tener que ir de compras esta noche, ¿exactamente que te he hecho?

—¿Crees que las invitaciones se encargan solas? ¿O que se envían solas? ¿O que los refrigerios aparecen por arte de magia?

—Pues contrata a una empresa de *catering*.

—No puedo —dije, aún con más dulzura que antes—. Las empresas de *catering* ya están comprometidas con meses de antelación. Y yo no tengo todo ese tiempo. Ídem para la tarta nupcial. Tengo que encontrar a alguien que pueda hacer una tarta de un momento a otro.

—Compra una en la pastelería.

Aparté el móvil de mi oreja y me lo quedé mirando, preguntándome si estaba comunicándome con un alienígena. Cuando me lo volví a acercar, pregunté:

—¿Hiciste algo para tu primera boda?

—Me presenté y permanecí en pie donde me dijeron.

—Esta vez tendrás que hacer algo más que eso: te encargarás de las flores. Pídele ayuda a tu madre. Te quiero, tengo que irme ahora. Adiós.

—¡Eh! —Le oí dar un grito mientras yo ponía fin a la llamada.

Me entretuve el resto de la tarde imaginando su estado de pánico. Si fuera listo, llamaría a su madre al instante, pero pese a ser un hombre muy listo, ante todo es un Hombre, por lo tanto supuse que como mucho preguntaría a los sargentos y agentes casados por si de hecho recordaban algo de sus bodas, y en tal caso, ¿a qué tipo de flores me refería? Al final del día habría llegado a la conclusión de que las flores en cuestión no eran de esas que se plantan en macetas. Tal vez se le ocurriera pensar que me refería a mi ramo de novia, y tampoco era eso; de ninguna manera dejaría aquella cuestión en manos de un hombre, por mucho que le quisiera. En algún momento, al día siguiente, uno de ellos recordaría algo así como un arco con cosas en él, tal vez rosas, y en algún otro momento Wyatt también descubriría

que tampoco mañana por la noche yo iba a estar libre, y empezaría a ver clara la horrorosa verdad: su vida sexual había quedado aniquilada para el próximo mes, y todo por su comportamiento.

Me encanta cuando los planes cuadran, ¿a vosotros no?

No es que dejara algo tan importante como las flores totalmente al azar. Llamé a su madre, una mujer tan maja que me cuesta creer la suerte de tenerla como suegra, y le facilité todos los detalles.

—No dejaré que se duerma en los laureles —prometió—. Habrá todo tipo de emergencias y retrasos, pero no te preocupes, me aseguraré de que todo sea como tú quieres.

Una vez resuelto eso, acabé la tanda de ejercicios, me duché y me sequé el pelo, me di unos rápidos toques de máscara y barra de labios y me cambié de ropa. Lynn lo tenía todo controlado, como era habitual, de modo que me escapé antes de lo normal y me fui en coche al mejor de nuestros dos centros comerciales. Aunque en la ciudad había varias tiendas de ropa de etiqueta, era posible que encontrara lo que quería en una de las tiendas de categoría del centro comercial. Las habituales que vendían ropa de etiqueta tardaban siglos en hacer cualquier arreglo.

En el centro comercial había un aparcamiento cubierto, además de otro más amplio al aire libre. Todo el mundo intentaba aparcar en el cubierto, por supuesto, lo cual dejaba algunas excelentes plazas libres afuera. Di unas vueltas con mi pequeño Mercedes negro, doblando las esquinas como un enérgico gato, y localicé uno de esos espacios excelentes justo fuera de una de las tiendas que me interesaban. Me metí a toda prisa en la plaza, sonriendo un poco con la maniobra. Nada como un Mercedes para conducir.

Iba casi dando brincos al entrar en la tienda; nada como un desafío para acelerarme, y además tenía una misión que implicaba probarme ropa. A veces algunos planetas están alineados o algo parecido, y se dan estas pequeñas ventajas adicionales, así de sencillo. Y ya estoy contenta. Ni siquiera me enfadó especialmente que la primera tienda no tuviera lo que quería, porque iba preparada para una larga búsqueda. Encontré un par de zapatos que eran justo lo que tenía en

mente, con tiras y cómodos, con un tacón de cinco centímetros que pudiera llevar durante horas. Y lo mejor de todo: relumbraban con lentejuelas y cristales. Me van los zapatos con un toque especial, y además necesitaba tener cuanto antes el zapato que me pondría en la boda para así saber si el largo del vestido, una vez consiguiera encontrarlo, era el correcto.

Buscaba un vestido de color champaña claro. Nada de blanco, ni siquiera color hueso o crema, porque, seamos realistas, ¿venía al caso? El blanco sigue transmitiendo el mensaje tradicional, que en un segundo matrimonio resulta de verdad tonto. Aparte, el champaña me queda realmente bien, y ya que toda la idea era dejar a Wyatt ciego de deseo...

Lo intenté a la antigua usanza. Me recorrí de arriba abajo todas las tiendas, parando sólo para cenar una rápida ensalada en la zona de restaurantes. Durante el recorrido encontré algunos conjuntos de ropa interior fabulosos, algunos pendientes que tuve que quedarme, así de claro, otro par de zapatos —esta vez, unos zapatos de salón negros que cortaban la respiración—, una fantástica falda tubo que me iba como un guante, e incluso unos pocos regalos de Navidad, ya que este año las compras de regalos navideños iban a ser el doble de los años anteriores, con la familia de Wyatt sumada a la mía, por lo que tenía que empezar pronto.

Lo que no encontré fue el vestido color champán.

A eso de las nueve, renuncié a conseguir nada más por aquella noche. Tendría que empezar mañana a recorrer los comercios de ropa de etiqueta y, a menos que hubieran cambiado desde mis días del baile de la facultad —vale, sí, de eso hace ya quince años, más o menos, y es posible que haya habido cambios—, aunque encontrara un vestido que me gustara, seguro que se lo habría probado tanta gente que tendría que encargar uno nuevo, lo cual llevaba su tiempo, y tiempo era lo que no tenía.

Mientras salía del centro comercial, mis pensamientos iban a cien por hora. Una modista. Necesitaba una modista. Mañana intentaría otra vez encontrar un vestido confeccionado, que sería la solución

más sencilla, pero si no aparecía algo mañana por la noche, volvería a mi plan *be*, que era comprar la tela y encargarse el traje. Eso aún requería más tiempo, pero era factible.

No prestaba atención a mi entorno, lo admito, tenía cosas importantes en la cabeza. Al salir de la tienda, advertí que no quedaban muchos coches en el aparcamiento, pero había aparcado el mío cerca, había buena luz, ningún desconocido del que desconfiar merodeaba cerca de mi coche, y en ese mismo momento salía más gente del centro comercial, etcétera.

Hice malabarismos con mis paquetes para poder sacar la llave del bolsillo y di al botón del control remoto mientras bajaba del bordillo. Había una furgoneta aparcada en la plaza de minusválidos, que por supuesto era la primera de la fila, y yo había aparcado justo en la segunda plaza. Mi precioso cochecito me hizo una señal de bienvenida con sus faros.

Oí el sonido fluido de un coche acelerando y me detuve, todavía cerca del bordillo. Tras un rápido vistazo, creí disponer de tiempo suficiente para cruzar sin problemas antes de que el coche se acercara, así que reanudé mi caminata sobre el asfalto.

Todo parecía normal. No presté mucha atención al coche que se acercaba; empezaba a dolerme la mano izquierda de lo que pesaban todas las bolsas de plástico que llevaba, y las distribuí mejor. De todos modos, algo —un susurro del instinto diciéndome que el sonido de aquel coche estaba demasiado próximo— me hizo alzar la vista en el momento en que pareció abalanzarse sobre mí, como si el conductor hubiera pisado a fondo el acelerador.

Me pareció un coche gigante al verlo venir directo hacia mi persona, deslumbrándome con sus faros, que me cegaron. Sólo capté la vaga impresión de una forma oscura tras el volante, gracias únicamente a las luces del aparcamiento. Había mucho espacio para que el coche me esquivara, pues no tenía necesidad de acercarse, pero lo hizo.

Me apresuré a dar un salto para apartarme y, en la milésima de segundo que vino a continuación, juro que el conductor pareció rectificar la dirección también, e ir por mí.

El pánico explotó en mi cerebro. Lo único que pude pensar —y no fue un pensamiento coherente, completo; más bien fue darse cuenta con un «¡*Oh Dios mío!*!»— era que si el coche me daba, acabaría empotrada entre él y la furgoneta.

Adiós boda. Qué demonios. Adiós Blair.

Di un brinco. De hecho, me abalancé hacia delante. Y fue un esfuerzo heroico, digno de una campeona, permitidme que lo diga. No hay nada como pensar que estás a punto de acabar hecha puré para tener muelles en las piernas. Ni siquiera en mis tiempos de animadora en la universidad había sido capaz de un salto así.

Con un estruendo, el coche pasó tan cerca de mí que noté el calor del tubo de escape; aún estaba en el aire en ese momento, así de cerca estuve de que me atropellara. Oí el chirrido de los neumáticos, luego caí sobre el asfalto detrás de la furgoneta, y fue como si las luces se apagarán, o algo así.